

Del escritor de la biblioteca del hospital de IFEMA
Premio Antonio de Sancha por la Asociación de
Editores de Madrid

JOSÉ LUIS MOLINERO

LA ISLA DE LOS HABITANTES SIN NOMBRE

JAVIER SIERRA: «Cuba y España tienen una especie de deuda kármica que los vincula una y otra vez a lo largo de la Historia. De ella bebe José Luis Molinero para trazar esta novela tan sembrada de misterios».

GONZALO GINER: «Una novela adictiva, una originalísima trama, un sorprendente final; no te la puedes perder. La he disfrutado muchísimo; no vas a poder parar de leer. Buenísima».



Agradecimientos

Una novela publicada nunca es mérito de una sola persona, al contrario. Junto al convencimiento e insistencia del autor debe haber personas que te apoyen por el largo recorrido lleno de sabores de toda índole: personales, laborales, económicos, afectivos... Sin ellas, nada sería posible.

No sería justo por mi parte dejar de agradecer a cada uno de ellos:

A mi madre, por su apoyo infinito y preocupación en silencio.

A mis hijos, Álvaro y Rodrigo, mi ilusión de vivir, y a Moni, “nakupenda”, porque juntos siempre es mejor.

A mi hermano Nacho, que nunca perdió la confianza en mí, cuando ni yo la tenía.

A Isa Santos, Gonzalo Giner, Javier Sierra, Rosa Montero, Miguel Ruiz Montañez, Maite Ruiz-Sarmiento, Víctor Fdez Correas, Miguel Ángel H., Marta Julbe, la gente de la Asociación de Editores de Madrid, de la editorial Caligrama, y demás personas del sector literario que, sin ninguna obligación, me apoyaron de una u otra manera y acompañaron en mi carrera de fondo

haciendo que me sintiera “escritor” y no decayera. A mi amigo Diego Fernández por su preocupación e interés continuos.

A los pocos que no se alejaron de mí en los malos momentos, y a los malos momentos, que hicieron que valore mucho más lo que tanto me ha costado alcanzar.

Gracias a la música de Café del Mar, capaz de transportarme a los lugares y sensaciones donde habitan las musas y el sosiego.

Por último, pero no en último lugar, quiero agradecer a los **pacientes y sanitarios del hospital provisional de IFEMA de Madrid para enfermos de COVID** que se habilitó durante los primeros meses de la pandemia en 2020. Organizar “in situ” la biblioteca “Resistiré” desde la nada junto a mis compañeras sanitarias y ayudar a entretener y sanar, según testimonios de los médicos, a los pacientes, ha sido la experiencia más gratificante de mi vida. En este apartado, destacar a Fernando Prados y Cristina Feital por su ofrecimiento y apoyo desde el principio.

Gracias también a los donantes, anónimos, editoriales y empresas que contribuyeron a su existencia aportando libros, periódicos, revistas, gafas de lectura, barajas, pasatiempos, material de papelería, y todo lo que les pedíamos desde la biblioteca de IFEMA.

Comprobar que los libros volvían a valorarse, y eran capaces de obrar milagros me decidió a escribir esta historia de aventuras y pasión, como granito de arena para que puedan volar desde sus camas a mundos fantásticos.

Para todos los afectados de una manera u otra, desde un lado u otro, por el virus.

Juntos, saldremos de esta.

“Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura. Cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella. De eso trata esta tormenta”.

Haruki Murakami

PRIMERA PARTE: LA ISLA

Capítulo 1

*Algún lugar deshabitado del Atlántico Norte.
Mayo de 1962*

EXTRACTO DEL DIARIO DE ANDY RAMOS (SOL)

Me desperté desorientado. Sentía hambre y frío, y estaba desnudo. Mi primera reacción fue el instinto pudoroso de taparme, aunque al mirar a mi alrededor no viera a nadie. Ni un alma. Me encontraba solo, a plena luz del día, en una playa.

Intenté recordar cómo había llegado hasta allí o qué había hecho la noche anterior, pero mi mente estaba en blanco. No solo eso. Era incapaz de ubicarme, ni tenía la más mínima noción de quién era, dónde vivía, a qué me dedicaba o cuál era mi familia, ni siquiera si existía en alguna parte. Al no llevar ropa, tampoco poseía documentación que sirviera para identificarme. Tan solo llevaba una pulsera en mi muñeca derecha. Una de esas hechas de hilo de colores que se pueden comprar en cualquier mercadillo.

Estaba preocupado y bastante nervioso. La sensación de incertidumbre era angustiada «¿Y si había ocurrido algo? ¿Habría

alguien involucrado? Podría estar en peligro. ¿Dónde se metió toda la gente?

¿Estaría de vacaciones y tuve una mala noche?» No sentía resaca ni malestar, por lo que tampoco parecía una opción razonable.

Me acerqué a la orilla para refrescarme y espabilarme un poco, con el fin de intentar aclarar mis ideas. Al mirar hacia el agua y observar mi reflejo sentí una sensación angustiosa: no reconocía a aquel hombre joven, con pelo oscuro y ojos profundos que miraba con desconcierto su propia imagen. Era como si me hubieran transportado a otro cuerpo, solo que tampoco recordaba cómo era el original. Introduje la mano en el agua, removiéndola, en un intento infructuoso de que desapareciera y en su lugar descubriera un rostro familiar, pero allí seguía ese yo.

Tras lavarme, comencé a deambular con la esperanza de encontrar respuestas. Todo tipo de hipótesis rondaban por mi cabeza: «¿Una alerta militar? ¿Desalojo masivo por algún tipo de virus o nube tóxica?»

No reconocía el lugar. Imaginaba la posibilidad de encontrarme con algún policía y pensaba en la respuesta que le podría dar sobre quién era o mi situación. Sin duda me tomaría por un borracho o un loco, y sería embarazoso, aunque lejos estaba en ese momento de adivinar los problemas a los que tendría que hacer frente.

El lugar era paradisíaco: mar azul, arena fina, palmeras..., pero no se trataba de un espacio virgen. Donde acababa la arena de la playa se apreciaban las marcas dejadas por los neumáticos de algún vehículo en el camino sin asfaltar, y pude ver, al menos, un edificio a lo lejos, así que opté por dirigirme hacia allí en busca de ropa y comida.

A pesar de llevar un buen rato caminando, seguía sin encontrar una sola persona que me ayudara a aclarar aquella extraña situación. De repente, a unos metros de donde estaba, me pareció

ver que algo se movía tras unos arbustos. Me acerqué con gran curiosidad y nerviosismo. Juraría que era una persona, aunque debía ser cauteloso pues también podría tratarse de un animal. No conocía nada de aquel lugar.

Al llegar, sin embargo, no encontré a nadie. Iba a regresar, cuando escuché el ruido de una rama al romperse. Aparté la maleza con cuidado, y entonces oí un grito. Frente a mí, una mujer un poco más joven que yo trataba inútilmente de tapar su desnudez, únicamente disimulada por un colgante blanco y redondo, como si fuera una luna llena. Su pelo era largo y rizado, bastante oscuro, su cuerpo proporcionado y bien cuidado, y tenía una mirada muy expresiva con unos ojos castaños que hablaban por sí solos.

—¿Quién es usted? ¿Qué me ha hecho? ¿Qué quiere? — Aquella mujer estaba tan asustada y desorientada como yo, y daba por hecho que era el responsable de la situación.

—¡No, no, yo no la he hecho nada! ¡Tampoco sé cómo he venido aquí ni qué hago en este estado!—traté de explicarme y tranquilizarla.

La situación era grotesca. Dos desconocidos, desnudos, en un sitio aparentemente abandonado, sin recordar cómo habíamos llegado hasta allí. Pero ella era la única posibilidad que tenía de obtener alguna información. Así que intenté calmarla:

—No te voy a hacer nada. Me acabo de despertar así. No sé qué está ocurriendo.

Opté por ser sincero, esperando que le diera confianza. Alargué mi mano para saludarla, aunque la rechazó. Dadas las circunstancias, comprendí que aquel amago de educación procedente de un desconocido en pelotas resultaría ridículo y no muy agradable.

La consecuencia fue que, en un descuido, salió huyendo despavorida.

—¡No corras!—le grité. Pero fue en balde.

Traté de seguirla, aunque por más que corrí no logré dar con ella. Sin duda se habría escondido entre la numerosa vegetación que cubría todo alrededor.

Aquella situación me dejó aún más confuso. Además, para complicarlo todo, juraría que la mujer no me era desconocida, y ya nos habíamos visto con anterioridad, pero no era capaz de ubicarla dentro de mi vacía cabeza.

Decidí continuar mi inspección del lugar, y me dirigí al edificio. Tenía una altura de cuatro plantas y, aunque no había ningún letrero en el exterior, parecía un hotel. Eché un vistazo por el perímetro exterior, y, tras comprobar que seguía estando solo, entré en el vestíbulo por el hueco que quedaba de lo que había sido una puerta. Un cartel de recepción confirmaba mis suposiciones sobre su uso, pero tampoco allí había rastro de vida.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí?

No obtuve de nuevo ninguna respuesta.

El hotel se encontraba vacío y abandonado. Supuse que haría unos cuantos años que nadie lo habitaba. Subí a las habitaciones y comprobé que las escasas puertas que quedaban estaban rotas. Para mi desgracia, no quedaba ni rastro del mobiliario, por lo que mis esperanzas de encontrar una cama donde poder descansar se vieron frustradas. El estado en el que aparecía todo era lamentable: los cristales de las ventanas hechos añicos por el suelo, donde se mezclaba toda clase de suciedad, polvo, restos de hojas y ramas esparcidas por todas partes; además, la humedad iba invadiendo techos, suelos y paredes, que habían perdido prácticamente el color. Pero, al menos, tenía un lugar cubierto bajo el que cobijarme.

Volví a bajar las escaleras, y seguí la inspección por la zona de servicio. Entré por el pasillo. El estado era idéntico al de los pisos superiores; sin embargo, una puerta llamó mi atención. Sobre la

misma aparecía la palabra “ropero”, de modo que la abrí con la esperanza de encontrar algo que sirviera para cubrirme.

Lo que descubrí, superó todas mis expectativas. Aparentemente la estancia se encontraba vacía, con estanterías y baldas sin uso. Al fondo, no obstante, un gran armario ocupaba gran parte de la habitación. Me lancé hacia él y cuando lo abrí me topé, para mi satisfacción, con montones de prendas, tanto de hombre como de mujer, de varias tallas, perfectamente ordenadas.

«¿Qué hace esto aquí?»

Imaginé que podría tratarse de ropa antigua del personal del hotel, pero parecía en buen estado, incluso nueva, y desde luego no eran uniformes. La situación, en lugar de aclararse, cada vez se volvía más confusa.

Elegí unos pantalones y una camiseta que parecían hechos a mi medida, y aquello hizo que me sintiera algo mejor antes de continuar con mi investigación. Por lo menos había recuperado mi dignidad en caso de encontrarme de nuevo con aquella mujer o quienquiera que viviera allí.

Seguí avanzando, descubriendo nuevas zonas de aquel viejo edificio, y llegué hasta la cocina. Se hallaba igual de destartada y abandonada que el resto de espacios. Pero, nuevamente, me llevé una sorpresa cuando abrí la despensa. Allí, ante mis perplejos ojos, se apilaba una gran cantidad de alimentos variados, desde conservas de carne y pescado, leche, agua, pasta y legumbre, hasta galletas y cereales. Incluso había una vajilla y cubertería completas. Supuse que estarían en mal estado, pues era evidente que hacía mucho tiempo que nadie se había hospedado en aquel lugar, y una vez más la realidad echó por tierra mis teorías al comprobar que ninguno de los productos habían superado su fecha de caducidad. Es más, les quedaba incluso un año o más de vigencia.

«¿Quién ha traído todos estos suministros y con qué fin?
¿Dónde estaría el propietario?»

Dada mi precaria situación, abrí una de las latas y la consumí en el acto. Poco a poco, iba recobrando las fuerzas y la esperanza de encontrar una explicación y una salida a esa absurda situación.

Una vez restablecido, salí en busca de señales de civilización que me ayudaran a ubicarme y regresar a donde quisiera que viviera. También debía hallar a aquella mujer para ayudarle con mis descubrimientos, ya que estaba claro que se encontraba tan perdida como yo.

Comencé mi recorrido siguiendo las huellas de vehículo que había visto ese mismo día. Llegaban hasta el hotel, pero se perdían en el mar. Eso podía explicar la vía por la que descargaron todas las provisiones que descubrí, aunque el resto de preguntas, qué y por qué, seguían siendo una incógnita.

Decidí entonces caminar tierra adentro, atento a cualquier indicio de vida humana, pero por más que me fijaba, esperando encontrar huellas o señales que indicaran la existencia de personas, no era capaz de ver nada, ni siquiera un papel, un cigarro o un envoltorio. Al final de la playa comenzaba un bosque tropical que hacía difícil el acceso sin ningún utensilio que cortara la tupida vegetación. Intenté acceder a él, apartando las ramas con la mano, pero lo único que logré fue llenarme la cara y los brazos de arañazos, además de un buen susto al impactar una de ellas sobre mi ojo.

Opté por dar la vuelta, regresar a la orilla, y recorrerla. De haber presencia humana, lo más lógico sería que estuviera junto al mar, bien por ser pescadores o un bar de playa para el turismo costero.

El día iba cayendo cuando me senté, cansado y abatido, tras horas de infructuosa caminata por el borde de la playa. Aquello parecía una península, pues no lograba alcanzar el final de la playa, pero tampoco el brazo que la uniera con tierra firme. Entonces,

miré alrededor y descubrí con alegría, en medio de la oscuridad que iba adueñándose... ¡Una marca de neumático! ¡Por fin, un indicio de que no estaba solo y podría regresar a la civilización!

Seguí el rastro entre la penumbra, hasta que llegué al punto en el que acababa. Allí alcé la vista, y tuvo lugar la prueba de lo que llevaba tiempo sospechando pero no quería siquiera imaginar... Caí en el suelo de rodillas apoyado en los brazos, fatigado y exhausto, mientras miraba hacia arriba. Ante mí se erigía, oscuro y sombrío, el hotel en el que estuve por la mañana...Había dado una vuelta entera hasta llegar al mismo lugar. La conclusión fue demoledora: ¡estaba atrapado en una isla!

Al ser consciente de mi situación, me aterrorizó. La ansiedad se apoderó de mí. Me sentía como un extraterrestre en un planeta desconocido. Quise echar de menos a mis seres queridos, despedirme de alguien..., pero ni siquiera me era concedida esa voluntad

Era para volverse loco. No encontraba ninguna explicación racional. Tras varias horas deambulando, se me cayó el alma a los pies, me derrumbé y rompí a llorar...

Comencé a gritar y soltar palabras sin sentido, a arrojar palos, conchas y cualquier objeto que tenía delante, a patear, en una mezcla de rabia, impotencia y desesperación..., incapaz de controlar mis nervios.

«¿Y ahora qué?...»

Capítulo 2

Tras una mala noche, en la que estuve en vela, tenso e incómodo, tumbado sobre el frío suelo, desperté sobresaltado a la mañana siguiente en la habitación de la primera planta que había escogido al azar la noche anterior, tras mi angustioso descubrimiento.

Juraría haber oído un ruido en el piso inferior. Me incorporé rápidamente y descendí cauteloso, dispuesto a defender las provisiones de cualquier animal que pudiera haber entrado.

Fui directo a la cocina, donde se encontraba lo más preciado, pero, antes de llegar, un nuevo sonido desvió mi atención hacia el comedor. Abrí la puerta con sigilo y sorprendí de nuevo a la mujer del día anterior, quien, al parecer, aún no había encontrado el ropero y seguía tan desnuda y nerviosa como entonces.

—Hola de nuevo—la saludé.

Me miró con desconfianza, pero me dio la impresión de que estaba más tranquila que cuando nos conocimos. Eso sí, puso cara de extrañeza al verme vestido esta vez.

—Estamos en la misma situación. Te puedo ayudar—proseguí.

Su rostro mostraba expectación. Parecía que iba confiando poco a poco en mí y que no huiría nuevamente.

—He hecho algunos descubrimientos que te gustará conocer...
Ven, sentémonos.

Ella accedió y, aún en silencio, se sentó enfrente de mí. Le cedí mi jersey para que no se sintiera tan incómoda.

Entonces, una vez calmados, pude ponerla al tanto de mis averiguaciones. Vi en su rostro la satisfacción al contarla la existencia tanto de comida como de ropa.

Fue corriendo al ropero y se puso a buscar como una loca entre las prendas femeninas. Escogió un biquini, y encima se puso unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta que realzaba aún más su figura; de esta forma recuperó la compostura y la tranquilidad. Es curioso, pero al verla vestida me impresionó aún más.

Salimos a la entrada del hotel y nos sentamos en las escaleras, contemplando un paisaje impresionante mientras ella saciaba con ansiedad su apetito. El sol lucía en lo alto, salpicando con su luz el agua transparente, que brillaba con destellos intermitentes en el horizonte. Era el primer momento de sosiego que disfrutábamos los dos desde nuestra llegada.

—Perdona por lo de ayer, pero estoy muy confusa, y pensé que eras uno de los que me habían traído aquí—comenzó ella en esta ocasión.

—Es normal, a mí me ocurrió lo mismo.

—¿Entonces no sabes cómo llegaste, ni recuerdas nada de tu pasado?

—Nada en absoluto.

—¿Ni tu nombre?

Lo negué con la cabeza.

—Igual que yo...—respondió. Me dio la impresión de que la consoló descubrir que no era la única.

Se hizo un momento de silencio. Ella parecía reflexionar con la mirada perdida. Mientras, yo aproveché para observarla: su melena oscura se mecía con la brisa marina. Su piel era fina, deli-

cada, sus manos alargadas y estilizadas, y sus ojos, grandes y expresivos, transmitían fuerza y pasión. No podía ni imaginar cómo se iluminaría ese rostro cuando sonriera, aunque de momento no pensaba que tuviera oportunidad de contemplarlo, ya que en esta situación no había muchos motivos para hacerlo.

—¿Y estamos solos? ¿Qué vamos a hacer?—prosiguió, intentando ordenar sus ideas y hacerse una composición de la situación.

—He recorrido el perímetro de la isla y no he encontrado a nadie más, ni edificación alguna, ni siquiera un faro o similar.

—¿Estamos atrapados en una isla deshabitada?

—Me temo que sí, solos y sin memoria. Pero al menos tenemos víveres para un tiempo y un techo bajo el que resguardarnos.

—¿Qué será de nosotros? Tenemos que intentar algo, ¿no?

—No tenemos muchas opciones...

La reflexión en voz alta nos desanimó, pero algo curioso sucedió entonces, pues los dos nos incorporamos a la vez y dijimos:

—¿Por qué no hacemos una hoguera?

—¡Jajaja!—reímos al unísono.

—Así, si pasa algún barco podrá vernos.

—¡Exacto!—afirmó.

Al parecer, no era ningún manitas en el pasado, pues no se me ocurría gran cosa. Así que hice un agujero entre la arena de la playa, reuní ramas y pequeños troncos, y encendí una hoguera con las cerillas y el papel que había encontrado entre las provisiones. Me alegré de no tener que hacer fuego artesanalmente, porque ignoro si hubiera sido capaz de hacerlo con palos y hojas secas.

—Quizás la ropa y los víveres no eran para nosotros, sino para algún grupo tipo Boy Scouts. Puede que se hayan ido de excursión a un lugar cercano. En ese caso, no tardarán en regresar— compartí con ella intentando encontrar alguna respuesta que ni yo mismo me creía.

—Buen intento.

Nos pusimos a mirar hacia el horizonte sin decirnos nada, con la esperanza de vislumbrar algún barco en la lejanía y que viera el resplandor de las llamas.

El hotel llevaba abandonado tiempo, por lo que sus condiciones eran bastante lamentables y las habitaciones no tenían ni puertas, ni camas ni muebles, así que para dormir decidimos acomodarnos cada uno en una, aunque fuera echados sobre unas mantas como improvisados lechos. Unas paredes y un techo siempre serían preferibles a pasar las noches a la intemperie, expuestos al frío, la humedad y la lluvia. Tapamos las ventanas como pudimos y adecentamos cada estancia.

De este modo transcurrieron las primeras jornadas. Dormíamos en habitaciones separadas pero contiguas, por si había algún peligro, e improvisamos una puerta de madera artesanal para tapar la entrada principal y evitar que accediera algún animal. Ordenamos las provisiones y establecimos unos menús diarios lo más variados que pudimos con el fin de que duraran lo máximo posible.

Una vez satisfechas las necesidades primarias, y si obviábamos la incertidumbre que nos rodeaba, el tranquilo ritmo diario hacía que viera los hechos desde otra óptica. Cada día nos conocíamos más, y descubrimos que éramos más parecidos y teníamos más afinidades y gustos en común de lo esperado.. Como resultaba inútil conjeturar sobre el pasado y el origen de cada uno, jugábamos a imaginar nuestra procedencia y lo que nos gustaría hacer cuando saliéramos de la isla.

—Yo creo que era una niña deportista, inquieta, de las que les gusta jugar con los chicos y superarles con la pelota o en las carreras—rió.

—¡Vaya!, jajaja. Pues yo me imagino siendo policía, o espía. Me atraen los juegos de misterio y resolver enigmas—expuse yo desde mi ignorancia más absoluta.